

Ezequiel 17:22-24

Sermón Cuarto Domingo después de Pentecostés 2015 Ezequiel 17:22-24; 2 Cor. 5:1-10; Marcos 4:26-34

»Así ha dicho Jehová, el Señor: »Tomaré yo del cogollo de aquel alto cedro y lo plantaré; del principal de sus renuevos cortaré un tallo y lo plantaré sobre un monte muy elevado. En el monte alto de Israel lo plantaré. Levantará sus ramas, dará fruto y se hará un cedro magnífico. Habitarán debajo de él todas las aves de toda especie; a la sombra de sus ramas habitarán. Y sabrán todos los árboles del campo que yo, Jehová, abaté el árbol elevado y levanté el árbol bajo, hice secar el árbol verde e hice reverdecer el árbol seco. Yo, Jehová, lo he dicho, y lo haré»». (Ezequiel 17:22–24, RVR95)

A través de todo el Antiguo Testamento la incredulidad y rebelión de Israel había puesto en peligro el cumplimiento de las promesas de gracia. El Dios de gracia es también el Dios de justicia, que había amenazado a su pueblo con destrucción si lo abandonaran a él y siguieran a otros dioses. Al fiel rey David Dios había dado promesas de que un descendiente suyo se sentaría sobre su trono y reinaría para siempre. Pero también había advertido que si sus descendientes hicieran mal “yo lo castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres”. Por siglos los reyes y el pueblo de Israel habían desobedecido a Dios. Y el juicio vino. El pueblo de Judá y la casa de David fueron llevados al exilio. Parecía ser extinguida la esperanza de la nación y la esperanza de un Salvador que saldría del pueblo de Israel. Pero nuestro texto habla de cómo Dios iba a poner al revés el juicio para un remanente fiel y cómo haría que la casa caída de David que había venido a menos inesperadamente produciría un renuevo y crecería y florecería y establecería para siempre su reino. Nuestro tema será: **La fidelidad de Dios establece el reino del Hijo de David.** I. La casa de David había sido cortada por su desobediencia. II. Un humilde renuevo de la casa de David sería plantado sobre el monte alto de Israel. III. De este humilde comienzo el reino de este Hijo de David se extendería a todas las naciones. IV. En este reino habrá pura bendición y protección.

En los primeros versículos del capítulo 17 de Ezequiel, el profeta tiene que anunciar por medio de imágenes impresionantes la inminente destrucción de Jerusalén y la casa

de David a manos de los babilonios. “*«Hijo de hombre, propón una figura y narra una parábola a la casa de Israel. Dirás: “Así ha dicho Jehová, el Señor: »Una gran águila, de grandes alas y largos miembros, llena de plumas de diversos colores, vino al Líbano y tomó el cogollo de un cedro. Arrancó el principal de sus renuevos, lo llevó a tierra de mercaderes y lo puso en una ciudad de comerciantes”* (Ezequiel 17:2–4). Luego habla de la simiente de la tierra que es convertida en una vid que mira a otro águila, la del Egipto, y extiende sus raíces allí. Pero Dios anuncia que no prosperará, que será desarraigada y se secará.

Luego viene la explicación de estas extrañas visiones. “*Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: «Di ahora a la casa rebelde: “¿No habéis entendido qué significan estas cosas?”. Diles: “He aquí que el rey de Babilonia vino a Jerusalén, tomó a tu rey y a sus jefes y los llevó consigo a Babilonia. Tomó también a uno de la descendencia real, hizo pacto con él y le hizo prestar juramento. Y se llevó consigo a los poderosos de la tierra, para que el reino fuera abatido y no se levantara, a fin de que, guardando el pacto, permaneciera en pie. Pero se rebeló contra él, enviando embajadores a Egipto para que le diera caballos y mucha gente. ¿Será prosperado, escapará el que estas cosas hizo? El que rompió el pacto, ¿podrá escapar? Vivo yo, dice Jehová, el Señor, que morirá en medio de Babilonia, en el lugar donde habita el rey que lo hizo reinar, cuyo juramento menospreció y cuyo pacto, hecho con él, rompió. Y ni con gran ejército ni con mucha compañía hará el faraón nada por él en la batalla, cuando se levanten terraplenes y se construyan torres para cortar muchas vidas. Por cuanto menospreció el juramento y quebrantó el pacto, cuando he aquí que había dado su mano, y ha hecho todas estas cosas, no escapará. Por tanto, así ha dicho Jehová, el Señor: Vivo yo, que el juramento mío que menospreció y mi pacto que ha quebrantado, los haré caer sobre su propia cabeza. Extenderé sobre él mi red y quedará preso en mi trampa. Lo haré venir a Babilonia, y allí entraré en juicio con él por su infidelidad que contra mí ha cometido. Y todos sus fugitivos, con todas sus tropas, caerán a espada, y los que queden serán esparcidos a todos los vientos. Y sabréis que yo, Jehová, he hablado”* (Ezequiel 17:11–21). Así que parecía ser el fin de la nación de Judá y la casa rebelde de David.

Pero ahora, inesperadamente, vuelve a la primera imagen del cedro, la copa del cual fue llevado a Babilonia, y Dios dice que él mismo intervendrá para proveer salvación para su pueblo por

medio de un pequeño renuevo de la caída casa de David. *“Así ha dicho Jehová, el Señor: »Tomaré yo del cogollo de aquel alto cedro y lo plantaré; del principal de sus renuevos cortaré un tallo y lo plantaré sobre un monte muy elevado. En el monte alto de Israel lo plantaré”*. Del cedro que fue transportado a Babilonia Dios mismo tomaría una ramita pequeña, que no parecería tener ninguna posibilidad de desarrollar algo que valiera la pena. Tomaría esa ramita y la plantaría en un monte muy alto, que es especificado como estando en Israel, la tierra devastada y despoblada. Allí ese árbol crecería y prosperaría, llegando a ser un cedro magnífico.

Lo primero que se nota es que la historia de Israel no ha terminado. Las promesas de Dios de la salvación que vendría por medio de un Salvador de este pueblo no quedarían sin cumplirse. La casa de David no había sido rechazada para siempre. Aunque fueron llevados a Babilonia por su rebelión, habría un remanente de la familia que sería restaurado a la tierra de promesa. El exilio llegaría a su fin.

Sin embargo, sería sólo un remanente que volvería, y la familia de David perdería su prominencia — hasta el momento del cumplimiento de los tiempos. Entonces “en el monte alto de Israel lo plantaré”. El ángel Gabriel dijo a María: *“Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su Reino no tendrá fin”* (Luc 1:31–33). El alto monte de Israel sería el monte Sión, que según las profecías de Isaías y de Miqueas llegaría a ser espiritualmente el monte más alto del mundo. *“Acontecerá que al final de los tiempos será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes; será exaltado sobre los collados y correrán a él todas las naciones. Vendrán muchos pueblos y dirán: «Venid, subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob. Él nos enseñará sus caminos y caminaremos por sus sendas». Porque de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la palabra de Jehová”* (Is. 2:2–3).

Este rey de la casa de David no pelearía con los imperios del mundo, sino con los enemigos más grandes de la humanidad, Satanás, el pecado, la muerte, el infierno, y triunfaría. Sería exaltado hasta lo sumo. Realmente sería “un cedro magnífico”.

De este humilde comienzo, el reino de este Hijo de David se extendería a todas las naciones. Esto es lo que significa *“Habitarán debajo de él todas las aves de toda especie; a la sombra de sus ramas habitarán. Y sabrán todos los árboles del campo que yo, Jehová, abatí el árbol elevado y levanté el árbol bajo, hice secar el árbol verde e hice reverdecer el árbol seco”*. Aquí Dios repite la lección que toda la historia de su trato con los pueblos demuestra. *“Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”* (Mat. 23:12). ¡Qué extraña la manera en que Dios cumple sus promesas de salvación! De una doncella que tiene que dar a luz en un establo, nace uno que termina siendo Rey de reyes y Señor de señores. Por medio de una muerte ignominiosa como criminal este hijo de María y por tanto Hijo de David derrotaría a Satanás, el pecado, el infierno y la muerte. Y finalmente toda rodilla tendrá que arrodillarse ante él “de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra” y todos tendrán que confesar que “Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:10,11). Realmente Dios levantó el árbol bajo e hizo reverdecer el árbol seco.

En este reino habrá pura bendición y protección. *“Habitarán debajo de él todas las aves de toda especie; a la sombra de sus ramas habitarán”*. El punto es similar al punto de la parábola que contó Jesús sobre la semilla de mostaza. *“¿A qué compararemos el reino de Dios? ¿Qué parábola nos servirá para representarlo? Es como el grano de mostaza, que cuando se siembra es la más pequeña de todas las semillas que hay en la tierra, pero después de sembrado crece y se hace la mayor de todas las hortalizas, y echa grandes ramas, de tal manera que las aves del cielo pueden morar bajo su sombra”* (Mar. 4:30–32). Así como las aves del cielo pueden morar en la sombra de la planta de mostaza, bajo ese cedro magnífico que es Cristo nuestro Salvador todos los pecadores del mundo entero pueden encontrar refugio y protección. Cuando, confesando nuestros pecados y con fe en él venimos a él encontramos también que él en la absolución nos dice: “Ten ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados”. Cuando vienen las tormentas y los vientos de la tribulación, así como los pajaritos se refugian en las ramas y el follaje de los árboles, nosotros podemos refugiarnos en su promesa de que todas las cosas tienen que ayudarnos para nuestro bien (Rom. 8:28). Cuando somos fuertemente probados encontramos que nuestro Salvador es una segura protección cuando continuamos en su palabra. *“Mis ovejas oyen mi voz y*

yo las conozco, y me siguen; yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las dio, mayor que todos es, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.” (Juan 10:27–29). Y finalmente nos conducirá al lugar en donde ya no hay ningún peligro ni ningún daño que nos pueda acontecer. *“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron»* (Apo. 21:4).

Gracias sean dadas a Dios que, a pesar del pecado y la incredulidad de los hombres, en su gracia y fidelidad todavía encontró una manera de cumplir sus promesas de gracia y salvación. Confiemos siempre en este cogollo del cedro que Dios convirtió en un cedro magnífico, Jesucristo, el Hijo de Dios y el Hijo de David, nuestro Salvador. Entonces siempre será nuestra la seguridad y protección que vienen de formar parte de su reino que él ganó con su muerte y resurrección. Amén.